

PRIMERA APARICIÓN

DAVID GALÁN GALINDO

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© David Galán Galindo, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-928-7
Depósito legal: M. 177-2025
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Marisa, mi madre.
A María, la madre de Adolfo.
Y a Ester, la madre de Íñigo.
Os queremos.*

Quien no haya pasado nunca tardes enteras delante de un libro, con las orejas ardiéndole y el pelo caído por la cara, leyendo y leyendo, olvidado del mundo y sin darse cuenta de que tenía hambre o se estaba quedando helado...

Quien nunca haya leído en secreto a la luz de una linterna, bajo la manta, porque Papá o Mamá o alguna otra persona solícita le ha apagado la luz con el argumento bien intencionado de que tiene que dormir, porque mañana hay que levantarse temprano...

Quien nunca haya llorado abierta o disimuladamente lágrimas amargas, porque una historia maravillosa acababa y había que decir adiós a personajes con los que había corrido tantas aventuras, a los que quería y admiraba, por los que había temido y rezado, y sin cuya compañía la vida le parecía vacía y sin sentido...

Quien no conozca todo eso por propia experiencia, no podrá comprender probablemente lo que Bastián hizo entonces.

MICHAEL ENDE
La historia interminable

Introducción del autor en tres actos

Acto I No soy Mario Puzo

No, no soy Mario Puzo. Eso está claro, no solo por la enorme diferencia de talento, él era un dios de la escritura, yo bastante tengo con saber abrir el Word. Digo que no soy Mario Puzo porque él escribió la novela *El Padrino* y luego, tras adaptarla en esa obra maestra de Francis Ford Coppola, no escribió la novela del *El Padrino II*, ni la de *El Padrino III*. Escribió directamente el guion de cine. ¿Por qué razón? No lo sé. Quizá pensó que sacar la continuación, después de una película con un éxito tan tremendo, haría parecer al libro un producto de *merchandising*. Yo por lo menos, pensé así en un momento dado.

Y, sin embargo, aquí estoy. *Orígenes secretos* (la película) se estrenó el 28 de agosto de 2020 en Netflix en más de 190 países (íbamos a estrenar en salas de cine el 19 de junio, con distribución de Filmax, pero el COVID nos jodió).

Fue número uno en España, Italia... y alcanzó el top seis a nivel mundial. Gerry Conway la alabó públicamente en redes sociales. Fue nominada a tres premios Goya (incluido mejor guion adaptado), a mejor película en los Premios Feroz y la crítica dijo que era «la mejor película de superhéroes del año». Desde entonces, los fans hacen figuras de acción basadas en ella, hacen cosplays en los salones del cómic, llevan camisetas pidiendo la secuela... y sin embargo, esa segunda parte fílmica no llega. Ni siquiera cuando Netflix, obligada por los sindicatos de actores y guionistas de EE.UU., reveló los datos de visualización, constatando que la película tuvo y sigue teniendo un éxito arrollador (dos millones de horas de visionado solamente entre enero y junio de 2023, tres años después de su estreno).

Demostrado el éxito con impresionantes cifras incontestables, solo queda desear que en algún momento se dé luz verde al proyecto. Pero eso no es lo importante, nunca lo fue. Lo importante es que me equivocaba. Jamás debí apartarme del camino de la novela. **Por intentar ser justo con el público he estado a punto de ser injusto con mis personajes.**

Acto II

Crisis en Tierra 2

En la película hay algunos cambios respecto al libro: la fusión de Patri y Norma en un único personaje, la desaparición de los esbirros de Nóvaro y toda su parafernalia... Yo no estaba a favor de estos cambios, por eso incluí en boca de Jorge Elías, como salvaguarda, una frase que

no estaba en la novela original: «Los libros siempre son mejores».

La ironía de esa afirmación no la hace menos cierta. Ni siquiera las grandes obras como *El silencio de los corderos* o *El Exorcista* son mejores que sus libros. Han logrado tener un valor inmenso por sí mismas y una notoriedad mayor, pero ¿mejores? Jamás.

Aun así, he escrito *Primera aparición* de modo que el que se acerque desde la peli pueda subirse al barco con facilidad. Hay, sobre todo en la primera parte de esta novela, un intento de ajuste, como cuando en los cómics de superhéroes pretenden aunar varias continuidades distintas (que les pregunten a los lectores de la *Legión de Superhéroes* y a los fans de Donna Troy).

Como resulta que entre esas historias «complicadas» hay varias de mis favoritas, ha sido un reto que he afrontado muy gustoso. Así como unificar todo eso con lo que se adelantó en el relato *Astro Bus*. Y es un gustazo ver cómo todo cuadra.

Acto III

¿En qué año estamos, Doc?

Primera aparición transcurre menos de un año después de los acontecimientos de *Orígenes secretos*. Sin embargo, yo escribí el primer borrador de aquella en 2013 y publiqué la novela en 2016 (por su parte, la primera edición de Alianza es de 2020). Para cuando se publique esta nueva aventura, habrán pasado doce años desde que ideé la primera parte y nueve desde que vio la luz. Eso, como autor, me ponía

en una encrucijada cronológica. ¿Qué debía hacer? ¿Anclaba esta saga a un año concreto? Y en ese caso, ¿cuál? ¿Cuando fue escrita, publicada o reeditada?

Cualquier opción me parecía mal, deshonesto incluso. Y entonces me di cuenta. Esta es una historia de superhéroes. Para los superhéroes siempre es HOY. Y de hecho así empezaba *Orígenes secretos*: «Madrid, hoy».

Más claro el agua. Como *Los Simpsons* o como cualquier cómic de Spider-Man, esta historia transcurre siempre hoy. Esta decisión hace que los referentes que se manejan en esta secuela (las pelis, los cómics y los libros que Jorge Elías conoce) sean diez años más modernos que los de la primera parte, pese a no haber transcurrido ese tiempo en la ficción. Mejor, así esta historia durará fresca mucho más (ojalá para siempre).

Por supuesto, toda decisión tiene sus contras, como cuando se habla de acontecimientos del pasado, anclados en un año inamovible, mientras nuestros personajes siguen avanzando inexorablemente siempre en el «hoy». Eso hace que haya cosas que inevitablemente deban viajar también con ellos, pese al año que leáis en este libro o leyerais en el anterior.

Mi consejo es, simplemente, que no le deis muchas vueltas y disfrutéis. Creo, de verdad, que nos vamos a divertir mucho más así.

Y nada más, vamos al lío.

**PRIMERA
APARICIÓN**

FELIZ NAVIDAD

Esta era la inscripción que había en una pegatina navideña, adherida en el ventanal de un lujoso salón. Naturalmente, solo se veía así cuando se miraba al jardín, a través del cristal, desde el interior. Poner esa pegatina de euro y medio, comprada en un bazar chino, en la galería de una mansión de quince millones de euros, era una mezcla como mínimo... curiosa. La responsabilidad de este *mas-hup* entre lo cutre y lo jodidamente ostentoso es de Luna, una niña de ocho años. Ella es, indiscutiblemente, la Emperatriz Infantil de este casoplón decorado como las casas que se ven en la revista *iHola!*

Fue motivo de debate si poner la pegatina mirando hacia los habitantes de la casa (postura que defendían sus padres) o hacia el exterior, tal y como está. Pero Luna lo tenía claro: quería desear feliz navidad *a los de fuera*. «Los que estamos dentro, ya no podríamos ser más felices». Y viéndolos ahora, disponiéndose a cenar todos en familia junto a la chimenea, uno diría que la niña tiene razón.

—No sé por qué tienes que cocinar tú, Julia. ¿Para qué tenemos a Narcisa? —pregunta César Surco, el padre de familia, un hombre fuerte pero elegante, con educación y clase; el empresario del año según la prensa especializada. Habla a su querida esposa, Julia Villanova, que trae una

gran sopera humeante. Basta un vistazo a sus habilidades como camarera y a su impecable manicura para percatarse de que ella normalmente no se encarga de estos menesteres.

—Le he dicho a Narcisa que descansase esta noche, quería hacer la sopa de *galets* de mi madre. Además, he tenido pinche, ¿eh? Luna me ha ayudado en la cocina.

—¿Ah sí? Vaya, vaya... una pequeña cocinera.

—¡Sí! Yo he hecho lo más difícil, la *pilota* —dice entusiasmada Luna, orgullosa de que su madre la haya dejado mezclar en un bol la carne picada, el huevo y la galleta, lo que le ha permitido aplicar culinariamente todos sus conocimientos de hacer bolas de plastilina para crear una albóndiga gigante.

—Es verdad, que hoy ibais a pasar el día juntas las dos, ¿no? ¿Qué más habéis hecho?

Julia empieza a servir con el cucharón *l'escudella de Nadal*, la sopa que ha preparado en homenaje a su familia catalana, a la que tanto echa de menos. Casi salpica a su marido. Disimula.

—César, ponte una servilleta que luego las manchas no salen del traje. Pues fuimos a comprar la carne al Mercado de la Paz, comimos en Casa Dani unas tortillas que se le antojaron a Luna... y luego qué hemos hecho... pues nada, dar una vuelta por Serrano, que ha abierto una nueva tienda de moda el Corte Inglés.

—¡Ah! ¡Y allí te he comprado una cosa genial, papá! —dice Luna antes de desaparecer corriendo en busca de su tesoro. Su madre amaga con detenerla y decirle que no puede levantarse así de la mesa, pero desiste, concentrada en repartir la pelota equitativamente en los tres platos. César y Julia se miran y se sonríen.

César Surco no cree en Dios, pero tiene claro que, si existiera, su hija iría al cielo.

Fuera del hogar de los Surco, hace una noche fría y gris de principios de diciembre. Nieva bastante. Los copos corren por el cristal y sobre las adornadas letras de euro y medio. Hace tan solo treinta años, esta urbanización era un espacio natural al que acudían los vecinos de Pozuelo de Alarcón a pasear, montar en bicicleta o soltar a los perros; hoy en día, si se suelta a los perros, es con las intenciones del señor Burns: para echar a la chusma. Y es que esta zona residencial a las afueras de Madrid, a medio camino entre el centro de la ciudad y la sierra, es exclusiva, solo para la élite. La consideran «zona noble», pero poca nobleza hay en ella.

Si Madrid fuera un guerrero, este vecindario sería su talón de Aquiles. Si fuera un boxeador, sería su mandíbula de cristal. Y si fuera un rey, sería su nuca, pues en este barrio de ricos se apoya su corona de oro y rubíes. Ya sea su talón, su mandíbula o su nuca, lo que quiero que entendáis es que un mal golpe aquí mandarían a toda la ciudad a lona. Es su punto débil. Un punto débil donde el metro cuadrado se paga a casi cuatro mil euros. Donde las heridas sangran coches de alta gama y no hay simples familias, hay estirpes. Por eso La Finca (así se llama) es también el área más segura de la capital: cuenta con tres garitas de acceso en las que hay que identificarse para entrar, cuarenta cámaras de vigilancia con infrarrojos y detectores de movimiento y un equipo de seguridad privada que patrulla las calles en coche las veinticuatro horas.

A eso hay que sumar los oficiales de protección que cada vecino tenga contratados por cuenta propia. Los po-

líticos los llaman escoltas, los famosos los llaman guardaespaldas y los supervillanos los llaman esbirros. César Surco esta noche tiene a dos de ellos (los llame como los llame) haciendo la ronda alrededor de su vivienda; un hombre y una mujer con toda la parafernalia: pinganillo, traje con corbata y sendas pistolas semiautomáticas del calibre nueve milímetros Parabellum. Él es un mastodonte de gimnasio, grande como un elefante (de hecho, le apodan Paquidermo), y a ella Jorge Elías la bautizaría nada más verla como Cara Dune, por su presencia digna de una luchadora de MMA.

Cuando está trabajando, César Surco lleva una comitiva el triple de grande, pero esta velada no. Hasta ha dado la noche libre a Burgos, su jefe de seguridad, para que fuera a ver el Cirque du Soleil, que tenía entradas. Total, ¿qué puede salir mal en una noche como esta, en su fortaleza de La Finca, el lugar más seguro de España?

En la penumbra, una sombra negra como la pez se desliza entre los matorrales y parece susurrar: «Todo».

Dentro de la casa, Luna regresa a la mesa con un paquete envuelto en papel de regalo y se lo da a su padre, que finge confusión ante el obsequio, pero está encantadísimo.

—Ay, pero si en unas semanas vienen Papa Noel y los Reyes Magos, no hacen falta más regalos...

—Ya se lo he dicho yo, que sus mágicas majestades se iban a enfadar por quitarles el trabajo. Pero Luna se ha empeñado, ha dicho que era perfecto para ti —dice la madre.

—Ábrelo, porfa, papá.

César lo abre. Es un sombrero blanco. Parecido al que llevaba Michael Jackson en el videoclip de *Smooth Criminal*.

nal. Le horripila, claro, pero nunca le partiría el corazón a su hija, así que actúa un poquito:

—¡Oh, es precioso! Ya me lo pondré... cuando vaya de safari o algo así...

—¡No! Te lo tienes que poner ya, papá, para ir bien guapo a trabajar.

—Uy, pero es que no tengo ningún traje blanco...

—Ah, pues ya sabes qué tienes que pedirle a Papá Noel, ¿eh?

La familia entera se ríe, este es uno de esos momentos para atesorar toda la vida. Es entonces cuando la idílica postal navideña se va a la mierda, cuando el escolta grande como un elefante atraviesa el ventanal del salón, con tal violencia que cae a plomo sobre la mesa y la troncha. Lleno de sangre, cristales y ahora sopa de *galets*, Paquidermo parece muerto.

El causante del alboroto es un hombre encapuchado que está en el quicio de la ventana, electrocutando con saña a la otra guardaespaldas con un táser en el cuello. Su larga capa ondea y le hace parecer un vampiro. Una serpiente oscura que se cuela hacia el interior llevando enrollada a su presa. Tras recibir cincuenta mil voltios de descarga, con los ojos en blanco, meada y echando espuma por la boca, Cara Dune cae al suelo como un saco de patatas.

El intruso entra al salón y se yergue imponente ante sus víctimas. Ahora que la luz del hogar de César Surco le alumbrá un poco, se distingue que no viste todo de negro; en su pecho lleva un emblema de un color chillón. Un triángulo amarillo.

—César Surco. Vengo a por ti —dice.

El empresario se queda paralizado. Por un instante se permite pensar que quizá esto no esté ocurriendo, que sea un sueño. Julia no duda tanto, agarra a su hija y corre al interior de la casa, la prioridad es ponerla a salvo. El asaltante activa un dispositivo que detona una explosión en esa ruta de huida. Madre e hija salen despedidas de vuelta al salón por la onda expansiva. César contempla el estallido de fuego, sin poder apartar la mirada. Tan fijamente que le entra metralla en los ojos. Siente un millón de microalfileres en su córnea. Sus globos oculares parecen estallar. Su visión se nubla y se tiñe de rojo, pero al menos, el dolor le hace reaccionar. Surco se acerca a rastras a comprobar cómo está su familia. Luna está bien, gracias a Dios, pero Julia ha perdido el conocimiento al golpearse la cabeza en la caída.

—¡Julia! Despierta, mi amor, tienes que salir de aquí y...

El hombre del triángulo agarra a Surco y le levanta del suelo con brusquedad. Pero al empresario solo le importa su hija.

—Luna, sal de aquí. ¡Corre!

La niña está asustada y en shock, no le hace caso y se queda ahí, abrazando a su madre, como un náufrago a una tabla de madera flotando en el mar.

El enmascarado empieza a golpear a César, con precisión y sin piedad. Varios golpes directos le revientan los labios y los pómulos, un puñetazo cruzado le deja sordo y un gancho le vacía los pulmones. Surco va al gimnasio y tiene un entrenador personal, es un tipo grande y, con su forma física, si boxeara, sería un peso pesado, pero no tiene espíritu de lucha. Parece más interesado en razonar, en entender qué está pasando.

—¿Por qué...?

—Eres un criminal: capo mafioso, tráfico de drogas, trata de personas, tráfico de influencias y negocios de proyección. Elige tú cual fue la gota que colmó el vaso.

Un último rechazazo vuelve a tumbar a Surco sobre la alfombra y casi le rompe el maxilar. Escupiendo sangre, con la cara hinchada y medio ciego, César empieza a reptar como un animal herido, mientras trata de explicarse:

—No, no, no... Te confundes de persona, yo solo soy un empresario, un promotor inmobiliario, tienes que creerme, te prometo... que yo no he hecho daño a nadie en mi vida...

—Es verdad, tú no te manchas las manos. Prostituyes a mujeres, pero eres fiel a tu esposa. Vendes droga, pero no la consumes...

César llega hasta el cuerpo del guardaespaldas que entró atravesando la cristalera. Ahora ve que Paquidermo no está muerto, pero casi. Da igual. Busca algo desesperadamente en su sobaquera. Lo encuentra, es su Beretta. Surco se da la vuelta y aprieta el gatillo varias veces. No funciona. No sabe quitar el seguro de la pistola.

—Mandas matar, pero tampoco has empuñado nunca un arma. Quizá eso te salve ante los tribunales..., pero no te salvará ante mí.

—Basta, por favor. Tengo contactos, puedo llamar a quien se te ocurra de las altas esferas, conseguirte cualquier cosa, ¿me entiendes? ¡Lo que sea!

Sus súplicas son ignoradas. El agresor se aproxima a él, paso a paso, como una lenta e inexorable condena. Desesperado, Surco sigue trasteando lastimosamente con la Beretta, parece un pescador que no es capaz de agarrar a una

trucha con las manos. Toca todos los resortes... y al final... ¡BANG! Surco por fin dispara.

El tiro perfora carne y hueso, atraviesa el hígado y finalmente la aorta. Una herida mortal.

—¿Papá?

La pequeña Luna mira el agujero de bala que tiene en su abdomen, incrédula, e inmediatamente se derrumba, como si alguien hubiera cortado los hilos invisibles que la mantenían de pie. Su cabeza cae contra el suelo con un ruido seco, como unos zuecos de madera contra el parqué. Reflejado en sus ojos abiertos como platos, está el sombrero blanco que le había regalado con tanta ilusión a su padre.

César se abalanza sobre el cadáver de la Emperatriz Infantil. Aunque la sostiene muerta entre sus brazos, no puede procesar lo que acaba de pasar. Su mente no puede aceptarlo, no puede haber pasado.

—Luna... —susurró—. ¡Mi Luna!

Y entonces es como si se diera cuenta de pronto. Quiere gritar, pero no emite ni un sonido. César tiene la boca abierta en un grito desgarrador que no sale de su garganta. Quizá porque un grito es una forma de lidiar con el dolor, de externalizarlo..., pero este dolor nunca saldrá de su interior.

—Los actos... tienen consecuencias —sentencia el hombre del triángulo.

Al oír eso, César vuelve a disparar, loco de rabia, hasta vaciar el cargador. Sin ningún resultado. Es normal, el empresario no puede ver nada, entre las lágrimas, el sudor y los ojos llenos de sangre... Es patético.

Viendo el estado lamentable de su víctima, el intruso de la capa da su misión por concluida y decide marcharse.

Saca unos cables de su cinturón táctico y empieza a atar al elefante y a Cara Dune. Se los va a llevar de recuerdo. Surco oye el crujir de los cristales bajo los pies de su agresor y, aún ciego, sabe que se marcha.

—Vas a pagar por esto, maldito cabrón, no es justo, no es justo...

Esa alusión a la justicia hace que el encapuchado se gire hacia él una última vez. Mira a Surco, con una intensidad que Jorge Elías describiría como *digna de la mirada de penitencia del Motorista Fantasma*.

Y quizá sea exactamente eso, porque César, en ese momento, hace balance de su vida. Sus ocho prostíbulos por toda la comunidad, con los que ha llegado a ganar hasta nueve millones de euros al año por local. La cocaína, el cannabis, la metanfetamina y hasta la heroína que venden sus camellos de Villaverde, Carabanchel, La Elipa o Ciudad Lineal. El juego, los narcopisos, los narcoburdeles, los sicarios. Los negocios de extorsión que le permitieron entrar en el negocio inmobiliario, primero con la Urbanización Surco y ahora con residencias de lujo en México. El blanqueo de capitales en su restaurante de tres estrellas Michelin en el centro de Madrid. Sus tratos con las bandas latinas y las tríadas chinas. Las familias del crimen que operan impunes gracias a su protección.

César Surco se pregunta si, teniendo todo esto en cuenta, cuando muera irá al cielo con su hija. Y entonces recuerda que él, por más que se esfuerce, no cree en Dios. Que el único juicio que hay es en la Tierra, y aquí hay una única regla de oro: no importa que tus actos sean piadosos o impíos, si no que nadie pueda relacionarte con ellos.